



Henri Lefebvre es uno de los más brillantes filósofos marxistas franceses de hoy. Pertenece a un grupo de pensadores —como Pierre Naville, Auguste Cornu, Roger Garaudy, Jean Kanapa— que representan en Francia el materialismo dialéctico. En este trabajo, que es un capítulo de su libro "Le marxisme", Lefebvre expone claramente la posición del materialismo militante frente a los problemas políticos y al papel de la clase obrera. Como consecuencia de discrepancias suscitadas en el seno del Partido Comunista Francés, por la publicación de su último libro, Lefebvre ha sido separado transitoriamente del Partido.

Nunca profesó Marx el igualitarismo sumario que tan a menudo se confunde —sea exaltarlo o denigrarlo— con el espíritu democrático y con el comunismo. Marx acepta la desigualdad de las funciones pero distingue las funciones de dirección, de mando, de organización, y las funciones políticas.

Las primeras, funciones técnicas, aparecen espontánea y necesariamente. En todo grupo actuante se impone una organización, y en dicho grupo ciertos individuos se ponen a la cabeza. Cuando, espontáneamente o por selección, son los individuos mejor dotados, no hay nada que criticar. En ciertas sociedades primitivas o muy antiguas, cuando el mejor guerrero se convertía en jefe de guerra, y enseguida entraba en la comunidad, dicho proceso espontáneo de organización no quitaba nada al carácter democrático de esas sociedades. En la sociedad socialista la atribución de las funciones dirigentes a los individuos más dotados no quita nada a la democracia; por el contrario, ella confirma la democracia, dejando como única jerarquía la jerarquía fluctuante de los talentos individuales. En la sociedad racional una selección organizada y refleja deberá hacer consciente el proceso natural por el cual toda acción social (colectiva) revela a ciertos individuos capaces de tomar la dirección de la misma.

La infelicidad (la alienación) no ha salido de ese proceso natural o consciente; si no del elemento ilusorio que en él se ha superpuesto.

Las funciones directivas (mando, organización y administración, etc.) se han separado de las necesidades concretas a las cuales ellas correspondían; se han fijado aparte, y por consiguiente se han erigido fuera y por encima de la sociedad. Se han vuelto funciones políticas.

Este proceso de fijación ya mencionado precedentemente, ha acompañado en la historia la división del trabajo, la separación del trabajo material y del trabajo intelectual, la formación de la propiedad privada y de clases. En ciertas condiciones históricas, las funciones directivas se han vuelto hereditarias por cuanto están ligadas a la situación de los individuos en la estructura social, a su riqueza individual, y no a su talento. Fijadas, estas funciones se han convertido en la propiedad de castas y de clases dominantes. Así se ha formado el Estado; las funciones políticas se han separado de las otras funciones, fijadas aparte; las castas o clases económicamente dominantes las han acaparado entonces o han intentado acapararlas, librándose una lucha encarnizada por apoderarse de los honores y beneficios particulares adscritos a esas funciones políticas.

¿Qué representa entonces el Estado? Parecería, por descripción o análisis superficial, una emanación de la sociedad en conjunto; pero hay en ello un error grave, una confusión entre las funciones directivas y las funciones políticas. Las primeras suscitan las segundas en ciertas condiciones solamente. ¿Cuáles?

Cuando las clases se separan y se oponen, es preciso que aparezca por encima de ellas un poder superior e interior, al menos en apariencia. Para impedir a la clase dominante aniquilar a la clase oprimida y hacerla

desaparecer, en una palabra, suprimir las condiciones de su propia dominación, para proteger a los oprimidos contra los excesos de ciertos individuos entre los opresores, para arbitrar los conflictos entre los individuos y los grupos (en particular entre los opresores), es preciso un poder de Estado. Tal poder se erige por encima de la sociedad, pero sólo porque la comunidad social ya está dividida en clases. Parece superior a la sociedad, y sin embargo, parece emanar de ella, pero no es así más que porque esta sociedad está dividida. Este poder de Estado se dará fácilmente por juez, representante de una justicia superior, árbitro imparcial, etc. De hecho, el Estado que expresa una sociedad dada la expresa tal cual es, es decir que traduce y sanciona su estructura de clases, es decir la dominación de parece proteger a los oprimidos o exuna clase. Inclusive cuando el Estado plotados, y cuando de hecho los protege contra ciertos excesos, conserva las condiciones de una dominación de clases.

Hay pues, en la formación del Estado político, tres elementos:

1) Un elemento espontáneo, proceso natural por el cual aparecen las funciones directivas;

2) Un elemento reflejo: cuando la sociedad se diferencia y se complica; las funciones de dirección exigen cierto conocimiento (empírico hasta el marxismo) de la estructura social, de las necesidades, de los intereses en presencia, de las obligaciones y derechos recíprocos, en suma, del conjunto social. Por este conocimiento confuso las funciones espontáneas de dirección se elevan al rango de funciones administrativas, jurídicas, etc.

3) Un elemento ilusorio, de importancia capital. Siempre bajo la cortina de humo de una ideología el poder de Estado se ejerció en un sentido determinado, pareciendo independiente e imparcial. Las funciones administrativas o jurídicas se cumplían en el sentido de los intereses de la clase dominante. Las necesidades del conjunto social se hallaban perpetuamente desviadas, interpretadas en ese sentido, so pretexto de una imparcialidad superior. (Así los reyes, que oprimían y explotaban al pueblo, pasaban por "padres del pueblo" y a menudo se arrogaban este título).

Hay que señalar que los hombres políticos de las clases directivas, en el curso de la historia, creyeron a menudo, por no decir siempre, en las ideologías. El marxismo distingue la apariencia ideológica del cinismo político. El primero que denunció los procedimientos de dicho cinismo fue Maquiavelo.

Aclaremos en seguida que reconocer a Maquiavelo como el creador de la lucidez en materia política no significa en modo alguno confinarse en el maquiavelismo, más por el contrario aportar la verdad política y sustituir al maquiavelismo por ella.

Por lo tanto, el Estado político ha reflejado siempre la estructura de clases y la dominación de una clase en la sociedad que él gobernaba. Por otra parte, expresaba la dominación de una clase en tanto que ésta encontraba dificultades, obstáculos. Es decir que el Estado reflejaba también las resistencias de la clase o de las clases oprimidas, y a veces sus victorias. Estando en juego en la lucha

de clases, castas o clases, su historia resume las fortunas diversas de esas luchas, los compromisos y las victorias, los sucesos, las transformaciones, las luchas civiles y las guerras. Es pues una historia prodigiosamente compleja, en la cual las instituciones no se separan de los individuos actuantes, de las funciones reales, de las mixtificaciones ideológicas o de los esbozos de conocimiento real. Es una historia diplomática, jurídica, financiera, administrativa, pero es también y sobre todo la historia de fuerzas en presencia, —de las clases—, que viene a resumirse en la historia del Estado político. ¿Cómo estudiar la formación del Estado romano, y del derecho romano, sin estudiar los conflictos de la plebe y de los patricios, las rebeliones de los esclavos?

En particular, el Estado democrático refleja siempre la resistencia de la clase o de las clases explotadas. Implica un compromiso entre las clases. Esto no significa que en la democracia moderna la clase dominante pierda automáticamente su supremacía económica, abandone espontáneamente las funciones acaparadas, deje disiparse el velo ideológico. En manera alguna. El Estado democrático tiene un doble carácter dialéctico y contradictorio. Implicando clases y una lucha, fué de una parte la expresión de una dictadura efectiva —la de la clase dominante— y de otra parte se vió obligado a permitir la expresión de los intereses y de los objetivos políticos de las clases dominadas; se vió obligado a tolerar la organización de los trabajadores (sindicatos, cooperativas, etc.) El compromiso democrático no suprime la lucha de clases, por el contrario la expresa. Históricamente, no pudo ser de otro modo pues la burguesía debió hacer un llamamiento al pueblo en su propia lucha contra los feudales, y por otra parte se vió obligada por su propia ideología a admitir la libertad de opinión, de expresión, de pensamiento o incluso de organiza. La acción popular vino solamente a ponerla frente al muro y a constreñirla a no relegar en la ideología pura sus teorías en resumen, esta acción vuelve a lanzar contra la burguesía —legítimamente según Marx— las ideas lanzadas por ella misma en la época de su ascensión política y de su propia revolución.

La historia de la democracia muestra este doble aspecto de la democracia y no se explica más que por él. Las instituciones democráticas, en todos los países, y en la historia de cada país, han reflejado la forma momentánea del compromiso, es decir la concordancia momentánea de las fuerzas en el interior de la nación (y también en el plano internacional).

De ello resulta que la democracia burguesa es un régimen inestable. Comporta una izquierda y una derecha que luchan por el poder. Es un régimen de partidos. En conjunto los partidos representan las clases existentes: propietarios terrestres feudales, —capitalismo industrial, capitalismo financiero— clase media, pequeña burguesía, campesinos, clase obrera. Sólo que esta clasificación de partidos no puede considerarse estáticamente. Los fenómenos políticos son más complejos. Entre las clases, y sin que eso les quite en nada su

realidad, hallamos transiciones, formaciones intermedias que encuentran para expresarse hombres, matices políticos y pequeños partidos. Las grandes crisis comportan reagrupamientos. Por último y sobre todo, el gran capitalismo tiende a reunir bajo su égida a todos los representantes de la burguesía y a reagrupar, —no sin resistencias—, los partidos de los feudales con los de las clases medias, la pequeña burguesía o incluso de la aristocracia proletaria. Los partidos proletarios constituyen del otro lado un polo de atracción para los representantes de todas las clases populares (campesinos, pequeña burguesía, etc.). De donde resulta una vida política compleja, agitada, cada vez más polarizada, que Marx ha descrito y analizado en sus obras específicamente políticas.

La democracia burguesa va pues con mayor o menor rapidez, pero fatalmente, hacia una crisis de transformación. La forma, el momento, y el resultado de esta crisis dependen de los acontecimientos exteriores o interiores de los individuos representativos, de su inteligencia, de su habilidad, de su prestigio, y también y sobre todo del estrechamiento de las fuerzas en el momento decisivo.

O bien la crisis puede también resolverse reaccionariamente. Entonces será la vuelta hacia una monarquía, o más francamente hacia un bonapartismo (analizado por Marx a propósito de Napoleón III). En todos estos casos, se trata de una dictadura más o menos confesada, más o menos brutal y corrompida sobre las masas, las clases populares y el proletariado (por ejemplo, el fascismo).

También la crisis puede resolverse por un salto hacia el socialismo y el comunismo. La democracia cambia decididamente de sentido; la clase dominante como tal se ve eliminada el Estado deja de ser órgano de su dictadura disfrazada de imparcialidad y camuflajeada ideológicamente. Las apariencias y las ilusiones políticas caen. El pueblo y su vanguardia proletaria toman abiertamente la dirección de los asuntos, y los administran en el sentido de sus intereses que son los mismos de la nación, que no representan más los grandes capitalistas monopolizadores. ¿Significa esto el fin de la democracia? Si y sin embargo no. Es el fin de la democracia burguesa, de su ideología, de sus partidos directa o indirectamente al servicio del capitalismo. En la liquidación más o menos rápida y violenta (según la intensidad de la "reacción") de una clase (la burguesía al mismo tiempo que de un sistema económico (el capitalismo y de un Estado político determinado (el Estado burgués, con su aparato, su alta burocracia, su sistema policial y jurídico, etc).

Pero al propio tiempo es la gestión de los asuntos públicos de la nación en el sentido reclamado más o menos claramente por la gran mayoría. Es una nueva fiscalización; es la institución de organismos democráticamente controlados los que toman los puestos de mando de la industria, de los trueques comerciales, de la agricultura para desarrollar las fuerzas productivas y organizarlas racionalmente (planificación). Es la formación de un tipo nuevo de Estado, el Estado socialista, y cada nación deberá descubrir su fórmula en función

La Política Marxista

por HENRI LEFEBVRE





de sus tradiciones, de sus experiencias, de su estructura, de las fuerzas en presencia y de las acciones reciprocas.

Así pues esta transformación es el cumplimiento de la democracia.

Dictadura del proletariado (sobre la burguesía). —fin de la democracia burguesa—, florecimiento de la democracia, —cumplimiento de las promesas hechas por los demócratas burgueses o pequeños burgueses, y jamás mantenidas, son términos equivalentes. Si hay dictadura, es la dictadura de la ciencia económica y sociológica, substituida como regulador del conjunto social a los promedios ciegamente surgidos de la iniciativa privada, sin control y sin ley, que caracteriza al inestable equilibrio capitalista.

A través de esta crisis, más o menos larga y convulsiva, la democracia (dice Marx) se hace democracia socialista; el proceso de transformación es un proceso histórico y llena un periodo histórico. Es decir que podemos representarnos el punto de partida (la democracia burguesa-capitalista) y el punto de llegada (la democracia socialista) pero el proceso intermedio no es susceptible de esquema previo; depende de múltiples interacciones, de los acontecimientos, de los hombres, de las relaciones de fuerzas en la escala mundial. Inevitablemente es un proceso accidentado y sinuoso (dialéctico) aunque las grandes etapas sean necesarias.

Sobre un punto capital Marx ha disipado una confusión muy extendida en su época (y acaso todavía hoy): El socialismo no es todavía el comunismo.

El socialismo comporta un Estado, un aparato de Estado, por tanto comportará también una burocracia, un aparato represivo, un aparato jurídico. Aunque el sentido del Estado haya cambiado, arrastra todavía tras él, —como la sociedad toda—, las supervivencias y las prolongaciones de las épocas periclitadas. La influencia de la clase antaño dominante prosigue en la lucha contra ella. Las diferencias subsisten (trabajo intelectual y material; campesinado y proletariado, etc.).

Bajo el ángulo político, el comunismo se define por la liquidación de

finitiva de dichas supervivencias y prolongaciones. Para mucha gente que ignora este axioma del pensamiento marxista, hay que decir y volver a decir que la expresión "Estado comunista carece de todo sentido. En efecto, el comunismo se caracteriza por la supresión del Estado, por supe-
ración.

(1) La U.R.S.S., es un Estado en el cuadro del cual se construye el socialismo. No solo la transición con todos sus problemas pero también la camarilla capitalista han provocado el mantenimiento y reforzamiento del Estado.

En el curso del periodo socialista (transición hacia el comunismo) el Estado se transforma progresivamente. Como había aparecido antes, la función política desaparece ahora. Las funciones de gestión, —funciones espontáneas y necesarias en toda sociedad—, pasan de nuevo a un primer plano. Un sistema electivo —cuyas modalidades se determinarán en cada cuadro nacional— permite a los individuos más dotados (para estas funciones) surgir formarse. Las mismas masas son llamadas a proporcionar estos individuos, a comprender el mecanismo de la sociedad y las técnicas administrativas. Entonces el Estado languidece como tal; no degenera pero se reabsorbe en la sociedad por la desaparición de la función política, después de haber educado a la sociedad en pleno —en la persona de los individuos más capacitados— en el nivel de conciencia y de conocimiento que implican las funciones de organización.

Esta desaparición del Estado anuncia la sociedad comunista, la que implica:

1) completa desaparición de las clases y de sus supervivencias.

2) prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas (la "era de la abundancia", ya técnicamente posible en el siglo XX).

3) superación de la división del trabajo en trabajos subordinados (materiales) y trabajos superiores (intelectuales).

4) Resurgimiento del individuo libre en una sociedad libre: lo individual no se opone más a lo social y encuentra en lo social las condiciones de su desarrollo, de manera que las

dotes naturales y espontáneas de cada uno se encuentran racionales y conscientemente cultivadas (en el sentido profundo de la palabra cultura).

A los periodos históricos y formas sociológicas, cuyo análisis ha sido precedentemente delineado, hay que añadir:

a) la democracia, en un momento más o menos avanzado de su desarrollo, de su profundización, de su transformación.

b) el socialismo, él mismo transición hacia otra forma:

c) el comunismo.

El análisis de estas formas pertenece a la política, puesto que hemos llegado al momento histórico en que dichas transformaciones se imponen y se efectúan.

No son fatales, son necesarias, —exactamente como es necesario para un ser vivo crecer y alcanzar su madurez, si no muere o depaupera por enfermedad crónica! Aquí la necesidad del devenir, es decir que ella supone ciertas condiciones reales, al mismo tiempo que la actividad necesaria para realizar las posibilidades. Es una acción dialéctica, y no mecánica, de la necesidad. Dadas las contradicciones y los problemas del mundo moderno, hay una solución única: el devenir en ese sentido. Pero no es "fatal" que los problemas tengan que ser efectivamente resueltos.

Marx no ha dicho nunca que el comunismo sea un "paraíso terrestre". En este sentido se ha defendido contra toda anticipación. El comunismo comportará un género o estilo de vida del que todavía no tenemos la menor idea. La época comunista creará un estilo de vida, según sus condiciones, es decir de acuerdo con un grado imprevisible de libertad humana por relación a la naturaleza y a las condiciones materiales. El comunismo, que tiene por condición la potencia desarrollada del hombre sobre la naturaleza, comporta precisamente una gran libertad humana frente a las condiciones.

De esta dialéctica cualquier anticipación que se hiciere será prematura. No podemos prever cómo la sociedad comunista resolverá los pro-

blemas de la vida, del amor, del arte, etc. Cada problema, cada solución llega en un momento, —en su momento—, en el devenir histórico. El marxismo excluye el utopismo.

Marx nunca ha dicho que el comunismo pueda ser el periodo terminal de la historia humana. Muy por el contrario. Sólo que de lo que vendrá en seguida no podemos decir nada con exactitud.

De lo que precede resulta evidente que hoy día no existe todavía en el mundo ninguna sociedad comunista, de acuerdo con el sentido preciso dado por Marx a esta palabra.

Dejando el análisis de las formaciones económico-sociales pasadas, para abordar las perspectivas (por tanto los problemas) de la acción, el marxismo no pierde de vista la razón, el conocimiento, el aspecto científico.

Estos dos puntos de vista, el del conocimiento y el de la acción, no se separan más que por una doctrina estática y no dialéctica.

El análisis de las formaciones económico-sociales del pasado es ya un análisis del devenir histórico. Y es todavía de dicho análisis que la dialéctica marxista extrae previsiones, consignas, apreciaciones.

Para la dialéctica, lo posible no se espera de lo cumplido, —ni los valores de lo real—, ni el derecho del hecho. El devenir encierra estos diferentes aspectos; lo posible no es más que la tendencia profunda de lo real.

Por consiguiente, la política marxista es una política basada en el conocimiento. Las directivas de acción se basan en un análisis de las situaciones. Si éstas cambian será porque la situación, siempre en movimiento, ha cambiado.

Se trata entonces de una ciencia política, esta ciencia política que el pensamiento burgués había anunciado, sentido a veces —pero que, atascado en sus justificaciones y sus ilusiones ideológicas, no había podido alcanzar.

Quien dice ciencia política dice también y recíprocamente "política científica" es decir fundada sobre un método racional: el método dialéctico.

Trad. Virgilio Piñera.